

# Colisión

## Collision

“Este cuento ha sido seleccionado por el comité editorial para su publicación en nuestra revista académica, tras haber sido reconocido en el Concurso de Cuento Interuniversitario Luz Lateral.”

**Maite Albuja**

nastiacaticornio1987@gmail.com

Universidad San Francisco de Quito

**Fecha de envío:** 09/07/2025

**Fecha de aceptación:** 23/07/2025

**DOI:** <https://doi.org/10.18272/anima.v5i.3951>



La miro en profunda contracción. La lágrima en el umbral de la retina juega con caer al vacío, se tambalea como una niña pariendo un niño, el derrumbe inminente se anuncia con el reclamo de la Lidia:

¡No más silencio estatal!

Siento cómo se sostiene, sostiene sus lágrimas, mi madre sostiene su cuerpo y aprieta mi muñeca. Parece que me quiere apretar a su vida, parece que es un árbol al borde del colapso, pero el goce necio del viento la envuelve y hay algo misterioso oculto en el dolor que no la deja quebrarse completamente, habita el limbo del grito y la cascada.

Mi madre nunca lloraba frente a mí, trataba de ocultarlo todo en el abismo de su trauma-cuerpo. Trataba de protegerme de lo innombrable de la humanidad:

humanidad cruel

humanidad despojo

humanidad exterminio

humanidad mentira

humanidad mano tapando boca

humanidad si gritas te mato

humanidad si recuerdas te asfixio

humanidad silencio

humanidad no recuerdo humanidad.

Constantemente parecía estar a un paso del precipicio, pero la inercia de la represión en su cuerpo le impedía caer. Luego volteaba, me miraba y reía triste con una lágrima en la cara, solo una, no se permitía más, llorar es su placer secreto, un premio por haber callado todo el año; por haber ido a trabajar con el peso de la muerte de 300 personas en el patio oscuro de un cuartel. Por haber hecho la comida y que la sal de sus ojos no haya condimentado mi alimento, mi vida, mis sueños. Pero, mamá, no puedo soñar desde hace años. Hay algo monstruoso que se esconde bajo mi falda cada día en el preescolar; la fragilidad que habita mi órgano floral se retuerce como los tallos del capulí del patio, nunca logré entenderla, hay algo en ese misterio que me ha sido arrebatado desde siempre.

La Lidia acaba su consigna revoltosa, mira a la gente espectadora del desenfreno de la rabia que agita la memoria y pregunta:

¿Alguien quiere compartirnos su historia?

Mi mamá comienza a caminar al frente como si esa última palabra, historia, fuera un impulso, un latido, un espasmo en el interior de su existencia que no puede contener y empuja sus huesos, sus músculos y su aliento. Me lleva caminando a su lado, dejándome guiar por la brisa

como una extensión que forma parte del árbol/cuerpo que es mi madre. Llega frente al palacio de Carondelet, asienta con la cabeza a la Lidia, toma una respiración y me deja escurrirme por el calentito de sus manos, soltando poco a poco la tensión de sus dedos/ramas, me deja ir, como un brote que cae, con la intención de alejarme lo más posible de su cuerpo, de su voz y de sus entrañas.

Coloca con suavidad el megáfono cerca de sus labios, empieza su relato y yo juego a hacerle preguntas a los rostros que me miran desde el suelo, uno a lado del otro con un mensaje cifrado en palabras que apenas entiendo:

Se busca

Si lo encuentra

Llame

Grite

Llore

Balbuocé

Exija

Recuerde

Recuerde

Recuerde

Las caras están absortas en un eterno mirar a la cámara, doy brincos entre los límites de sus últimas fotos, tengo 6 años y escucho sus voces narrando, una conversación, una canción, un momento, un temblor, un vivir, un alguien. Al lado de los rostros-imagen observo un cartel con las siglas ASFADEC, cuando escucho a mi madre contar algo que me hace helar el cuerpo:

*Los milicos me arrastraron y encarcelaron en el SIC-10 cuando aún era de madrugada*

No entiendo el contexto, me perdí en las historias de los rostros con nombres y fechas, pero me reconozco en el miedo de imaginar a mi madre siendo forzada a entrar a una caverna profunda y no poder sentir sus ramas apretando mi muñeca. La miro y detengo mi juego cuando vuelvo a escuchar:

*No sabía si era de día o de noche, me obligaban a no dormir para torturarme.*

Y esa palabra final me marea, me recuerda, me construye, hay algo en esa palabra que me arma, es un pedazo de mi carne, es un pedazo húmedo, floral, cóncavo, rojizo y herido.

Mi madre solo me habló dos veces de mi padre, una vez cuando tenía 4 años y unos niños en prekínder me gritaron huérfana y regresé llorando a la casa, temblando, cual pajarito herido, cual flor deshojada. Mi madre me contuvo y frenó mi llanto diciéndome que mi padre fue un músico, que cantaba en la plaza de Santo Domingo, su arte removiό vidas, sus canciones

despertaban lágrimas cómo se despiertan las liebres en el páramo con gotitas de rocío en el pelaje. Y la segunda vez es aquí mientras la escucho decir:

*A Ernesto lo mataron los milicos, lo bañaron con agua helada a las 2am, le echaron gas pimienta y mientras se retorció en el piso le dijeron entre burlas que me partirían en dos, que harían de mi cuerpo una nota de papel húmedo y frío donde escribirían con su semilla un mensaje para el pueblo.*

La respiración se me pasma, escuchar el nombre de mi padre tejido en la composición macabra de esas oraciones contractura mis pulmones. Mi madre me cuidaba de todo lo que podía, y cuando al fin del mes no nos alcanzaba el dinero para pagar la renta, se desvanecía en la neblina densa y negra del cuarto del arrendador y regresaba tibia, con olor a cardos y blasfemia, con la mirada perdida, daba un suspiro profundo, hundía todo en su árbol y me preguntaba qué quería de comer. Hasta que una noche, a mi tierna edad de fruta, el casero le insinuó algo de mí y ella gritó y lo golpeó; cerró la puerta, me tomó suave por los hombros y me dijo que ella jamás permitiría que alguien me tocara. ¿Pero cómo le digo a mi madre lo que no sé nombrar? apenas se completar una oración, aprendí el abecedario hace 3 días, no sé cómo construir con consonantes, no encuentro el sentido de las vocales, en mi boca se convierten en tallos, hojas, flores y espinas que no me contengo a escupir por el jardín. Hay una **A** pérdida que oculta el miedo que la guarda, la **B** se destierra de la vida constantemente, boca, baba, barro, la **U** urgente, humillante, unidireccional se desliza y me perfora, la **S** sale corriendo cuando la llaman a desayunar por la mañana, dice que tiene fiebre y se queda recostada en la cama sintiendo ardor en su vientre, y la **O** la olvido siempre que la profe me pregunta por la sangre encontrada en mis piernas, y luego me castiga por ser descuidada y correr como niño en el patio.

Mi madre se detiene un segundo, las palabras se atorán en su garganta y nace de sus labios un brote que se abre en una flor sanguínea:

*Pusieron su semilla maldita en mi vientre, evitaban patearme ahí porque querían verme parir el odio que me tenían, querían que me desangrara lenta, rota, hundida, perforaban mi tierra y envenenaban mi río.*

¿Cómo no lo pude ver antes? ¿Cómo no pude reconocer que los rasguños en tu estómago revelan parte de mi historia? Mamá, ¿por qué no me pariste planta para perforar raíz en lo húmedo y tibio de la tierra, para que no tengas que guardar silencio y hacer de tu cuerpo un trauma viviente? Tu silencio, para no asustarme la vida, asustarme el cuerpo; para no hacerme odiar cada una de mis células, mis genes, cada partícula en mí que se conecta con esa milicia-crueldad, con esa dictadura encarnada en tu cuerpo, que ahora se me atora en la respiración. Te imagino sintiéndome crecer como parásito que te anida, tu útero un cuenco de mercurio,

una pila de piedras, trozos de vidrio bajo la piel. Yo me expandía, crecía, y tú llorabas y te quejabas, mientras los milicos se reían. Y trataste, mamá, trataste de sacarme con tus manos, hasta que ya no pudiste hacer nada porque nací, porque sollocé, grité, babeé y jadeé sonidos inconclusos y asfixiados como tú. Y te reconociste en mi llanto y desesperación. Sabías que, aunque repudiabas mi concepción y todo su proceso mortuorio, había algo que nos unía: un cordón imaginario con el que me ibas a sostener siempre. Me tomaste de la vida calentita que temblaba, y me viste como una fruta que se ha escurrido en sangre por tus piernas. Me abrazaste, y por primera vez lloramos juntas hasta quedarnos dormidas.

Cuando tienes 6 años, los adultos piensan que tú no entiendes nada, que tu vida se distrae al jugar por las piedras de la Plaza Grande, que las palabras se pierden en el viento. Me precipito desde mi cuerpo, cual lluvia que se derrama de pronto, pero aprendo, como tú, a sostenerme. Aprendo de tu fuerza de árbol a que mi cuerpo-agua se contenga, represa que reprime y resguarda el misterio del abismo-dolor.

Tu vida se pasma, mamá, como si el aire hubiera dejado de fluir por la plaza. Después de tus palabras, nadie se atreve a moverse o hacer ruido. Los vendedores ambulantes, detuvieron su rutina. Ni los pájaros se atrevieron a cantar, como si incluso ellos entendieran que algo irreparable acababa de suceder. Todo se queda en silencio por unos minutos que parecen eternos, mientras recobras tu cuerpo, mientras regresas del abismo donde escondes tu dolor. Las palabras que liberaste flotan en el aire, pesadas nubes de tormenta a punto de desbordarse. El mundo entero se encogió para hacerte espacio mamá.

Tus lágrimas caen como estrellas fugaces de ácido, quemando surcos en tu rostro. Retiras el altavoz con la fragilidad de quien sostiene su propia destrucción. La Lidia lo toma en silencio, mientras extiendes tu mano hacia mí; una rama quebradiza que tiembla. Corro hacia ti con desesperación, como quien corre hacia un refugio que arde. Me tomas de la muñeca, me aprietas contra tu cuerpo y empezamos a alejarnos. No me miras. No me hablas. Caminamos lentamente por la calle La Ronda, envueltas en un silencio que nos devora, un eco eterno del abismo que nos habita. Vas abandonando pétalos-lágrimas por el camino de piedra. Nos detenemos en la esquina, el sol nos observa desde las sombras, respiras, hundes la precipitación en tu árbol tembloroso, me miras y con una lágrima en tu mejilla, me sonríes y me preguntas: ¿Qué quieres de comer?